

LIBRO 1

1

Era el principio del fin, después de lo que me había parecido una eternidad.

Intenté con éxito retorcer los dedos de los pies. Estaba allí tumbado, en una cama de hospital, con las dos piernas escayoladas pero aún pegadas al cuerpo.

Cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir. Repetí la operación dos veces más.

La habitación se estabilizó.

¿Dónde demonios estaba?

Entonces las brumas se quebraron poco a poco, y parte de aquello llamado memoria comenzó a regresar. Recordé noches y enfermeras y agujas. Cada vez que las cosas comenzaban a aclararse un poco, alguien aparecía y me inyectaba algo. Así había sido. Sí. Ahora, sin embargo, me sentía más o menos recuperado. Tendrían que parar.

¿O no?

Me asaltó un pensamiento: *quizá no*.

Un natural escepticismo respecto a la pureza de todas las motivaciones humanas se adueñó de mí. Comprendí de repente que me habían sobrenarcotizado. No había ningún motivo real para ello, viendo cómo me sentía, ni tampoco había motivo para que se detuvieran ahora, si es que les habían pagado para mantenerme así. Así que era mejor calmarse y hacerse el drogado, me dijo una voz que era mi parte peor, aunque también la más sabia.

Y eso hice.

Unos diez minutos más tarde una enfermera asomó la cabeza por la puerta, y por supuesto yo seguía contando corderitos. Se marchó.

Para entonces ya había reconstruido parte de lo sucedido.

Recordaba con vaguedad que me había visto involucrado en alguna clase de incidente. Lo que había sucedido después era todavía confuso;

respecto a los sucesos anteriores, tampoco tenía ni la menor idea. Pero primero había estado en un hospital y después me habían traído a este lugar, recordé. ¿Por qué? No lo sabía.

Sin embargo, mis piernas parecían estar bastante bien. Lo suficiente para sostenerme, aunque no sabía cuánto tiempo había pasado desde que se rompieron; de que me las había partido no tenía la menor duda.

Así que me senté. Me costó un verdadero esfuerzo, ya que tenía los músculos fatigados. Fuera estaba oscuro, y más allá de la ventana se veía un puñado de estrellas desnudas. Les devolví el guiño y pasé las piernas sobre el borde de la cama.

Me sentí aturdido, pero después de un rato la sensación pasó y me levanté, agarrándome a una barra del cabecero de la cama; di mi primer paso.

Muy bien. Las piernas me sostenían.

Así que, en teoría, estaba lo bastante bien como para marcharme.

Volví a la cama, me estiré y pensé. Sudaba y temblaba. Las visiones de nubes de algodón, etcétera.

Algo olía a podrido en Dinamarca...

Había habido un accidente en el que había un coche involucrado, recordé. Un accidente de los buenos...

Entonces se abrió la puerta, dejando entrar la luz, y a través de los ojos entrecerrados vi a una enfermera con una jeringuilla hipodérmica en la mano.

Se acercó a la cama; era una joven *hippy* de pelo oscuro y grandes brazos.

Justo cuando se acercaba, me incorporé.

—Buenas noches —le dije.

—¿Cómo...? Buenas noches —respondió.

—¿Cuándo me dan el alta? —pregunté.

—Tendré que preguntárselo al médico.

—Hágalo —dije.

—Por favor, levántese la manga.

—No, gracias.

—Tengo que ponerle una inyección.

—No. No la necesito.

—Me temo que eso tiene que decirlo el médico.

—Entonces hágalo venir y que me lo diga él. Pero, mientras tanto, no lo permitiré.

—Lo siento, pero tengo órdenes.

—También las tenía Eichmann, y mire lo que le sucedió —dije mientras negaba lentamente con la cabeza.

—Muy bien —respondió ella—. Tendré que informar de esto...

—Hágalo, por favor. Y ya que está en ello, dígale al doctor que he decidido marcharme de aquí por la mañana.

—Eso es imposible. Ni siquiera puede andar. Y están las heridas internas...

—Ya veremos —dije—. Buenas noches.

Desapareció de mi vista sin responder.

Así que me quedé allí tendido y reflexioné. Parecía que me hallaba en alguna clase de institución privada, así que alguien estaba pagando la factura. ¿A quién conocía? No lograba recordar a ningún familiar. Tampoco a ningún amigo. ¿Qué me dejaba eso? ¿Enemigos?

Pensé durante un tiempo.

Nada.

Nadie que me ayudara de aquel modo.

Recordé de repente que me había precipitado por un acantilado con el coche y había caído a un lago. Aquello era todo cuanto me venía a la memoria.

Yo era...

Me concentré y comencé a sudar de nuevo.

No sabía quién era.

Pero para mantenerme ocupado me levanté y me quité todas las vendas. En realidad me sentía bien, y tenía la impresión de que aquello era lo adecuado. Rompí la escayola de la pierna derecha usando una barra de metal que había sacado del cabecero de la cama. Tuve la repentina sensación de que tenía que salir de allí cuanto antes, de que había algo que tenía que hacer.

Probé la pierna derecha. Estaba bien.

Rompí el molde de la pierna izquierda, me levanté y me dirigí al armario.

No había ropa.

Entonces oí los pasos. Volví a la cama y oculté con la sábana la escayola rota y las vendas.

La puerta se abrió hacia dentro una vez más.

Entonces la luz me rodeó y apareció un individuo fornido con chaqueta blanca. Tenía la mano sobre el interruptor de la pared.

—¿Qué es eso que he oído de que le está dando problemas a la enfermera? —preguntó, con lo que no tenía sentido seguir fingiendo que dormía.

—No lo sé —respondí—. ¿Qué es eso?

Por su ceño fruncido vi que aquello lo preocupó durante un par de segundos.

—Es hora de su chute —dijo al fin.

—¿Es usted médico? —pregunté.

—No, pero estoy autorizado para administrarle su dosis.

—Y yo me niego —dije—, como es mi derecho legal. ¿Qué me dice a eso?

—Que le toca su medicina —dijo, mientras se dirigía hacia el lado izquierdo de la cama. En una mano sostenía una jeringuilla, oculta hasta ese momento.

Fue un golpe de lo más sucio, un palmo por debajo de la hebilla del cinturón, diría yo, y lo dejó de rodillas.

—¡__! —dijo, pasado un tiempo.

—Vuelva a acercarse y verá lo que sucede —le dije.

—Tenemos modos de encargarnos de pacientes como usted —amenazó jadeando.

Supe que había llegado el momento de actuar.

—¿Dónde está mi ropa? —pregunté.

—¡__! —repitió.

—Entonces supongo que tendré que conformarme con las tuyas. Démelas.

A la tercera repetición el juego se volvió aburrido, así que le tiré las sábanas sobre la cabeza y lo aporreé con la barra metálica.

En menos de dos minutos, diría yo, me encontraba todo vestido de blanco, el color de Moby Dick y el helado de vainilla. Feísimo.

Lo metí a empellones en el armario y miré por la ventana enrejada. Vi la Luna Vieja con la Luna Nueva en sus brazos, flotando sobre una hilera de álamos. La hierba era plateada y resplandecía. La noche negociaba débilmente con el Sol. Nada que me indicara dónde se encontraba aquel lugar. Parecía estar en la segunda planta del edificio. Un cuadrado de luz proyectada sobre el suelo, a mi izquierda, parecía indicar una ventana de la planta baja con alguien despierto detrás.

Así que salí de la habitación y consideré el pasillo. Hacia la izquierda terminaba en una pared con una ventana enrejada, y había cuatro puertas más, dos a cada lado. Estas probablemente dieran a más habitaciones como la mía. Me acerqué para mirar por la ventana y vi más jardín, más árboles, más noche, nada nuevo. Me giré y miré hacia la otra dirección.

Puertas, puertas, puertas sin luz por debajo de ninguna de ellas. El único sonido era el de mis pasos, calzados con los dos grandes zapatos prestados.

El reloj de pulsera del Chico Sonrisas me indicó que eran las cinco y cuarenta y cuatro. Llevaba la barra metálica en el bolsillo, bajo la blanca chaqueta de enfermero, y se frotaba contra mi cadera al caminar. Cada seis metros más o menos había una luz de unos cuarenta vatios en el techo.

Llegué a una escalera que se abría a la derecha y conducía hacia abajo. La tomé. Tenía alfombra y era silenciosa.

La primera planta era muy parecida a la mía, hileras de habitaciones, de modo que continué.

Cuando llegué a la planta baja giré a la derecha, buscando la puerta bajo la que vería luz.

La encontré muy cerca del final del pasillo, y no me molesté en llamar.

El tipo estaba sentado con una bata chillona detrás de un escritorio resplandeciente, y parecía trabajar en alguna especie de libro mayor. No era una sala de celadores. Me miró con ojos ardientes y muy abiertos, mientras sus labios trataban de formar un grito que no llegó a producirse, quizá por mi expresión decidida. Se puso en pie rápidamente.

Cerré la puerta a mi espalda, avancé y dije:

—Buenos días. Tiene usted un problema.

La gente debe de sentir curiosidad por los problemas, porque después de los tres segundos que me llevó cruzar la estancia, sus palabras fueron:

—¿A qué se refiere?

—Me refiero —dije— a que está a punto de recibir una demanda por tenerme incomunicado, y otra por sus malas prácticas, visto el uso indiscriminado que hace de los sedantes. Ya estoy notando el síndrome de abstinencia, y podría hacer algo violento...

Se estiró.

—Salga de aquí —dijo.

Vi una cajetilla de cigarrillos encima de su mesa. Cogí uno y dije:

—Siéntese y cierre la boca. Tenemos cosas de las que hablar.

Se sentó, pero no se calló.

—Está usted rompiendo diversas normativas —me informó.

—Dejemos entonces que un tribunal decida quién es el culpable —repliqué—. Quiero mi ropa y mis efectos personales. Me voy de aquí.

—No está usted en condiciones...

—Nadie le ha pedido su opinión. Prepare los papeles o responderá delante de un juez.

Acercó la mano a un botón de su escritorio, pero se la aparté de un manotazo.

—¡Ahora! —repetí—. Eso lo tendría que haber apretado cuando entré. Ahora es demasiado tarde.

—Señor Corey, está usted poniéndomelo difícil...

¿Corey?

—Yo no vine aquí voluntariamente —dije—, pero estoy más que convencido de que tengo derecho a marcharme. Y quiero hacerlo ahora. Así que venga.

—Obviamente, no está usted en condiciones de dejar esta institución —replicó—. No puedo permitirlo. Voy a llamar a alguien que lo acompañe de vuelta a su habitación y lo meta en la cama.

—Ni lo intente —dije—, o descubrirá en qué condición me encuentro. Y ahora tengo varias preguntas. La primera es quién me trajo aquí, y quién está pagando mi estancia en este sitio.

—Muy bien —suspiró, mientras su diminuto bigote arenoso se rendía cuanto le era posible.

Abrió un cajón, metió la mano y me preparé.

Se la arranqué de la mano antes de que pudiera quitarle el seguro: una .32 automática, una buena arma; Colt. Le quité yo el seguro cuando la recogí del escritorio. Le apunté y dije:

—Ahora va a responder a mis preguntas. Es obvio que me considera peligroso. Puede que tenga razón.

Sonrió débilmente y se encendió un cigarrillo, lo que fue un error si pretendía transmitir aplomo. La mano le temblaba.

—Muy bien, Corey. Si esto le hace feliz... —dijo—. Lo trajo su hermana.

¿?, pensé yo.

—¿Qué hermana? —pregunté.

—Evelyn.

Ni idea. Así que:

—Eso es ridículo. Hace años que no veo a Evelyn —dije—. Ni siquiera sabía que estaba en esta parte del país.

Se encogió de hombros.

—En cualquier caso...

—¿Y dónde está ahora? Quiero llamarla —dije.

—No tengo su dirección a mano.

—Tráigala.

Se levantó, se dirigió hacia un archivador, lo abrió, rebuscó y sacó una tarjeta.

La estudié: *Señorita Evelyn Flaumel...* La dirección de Nueva York tampoco me era familiar, pero aun así la memoricé. Según la tarjeta, mi nombre de pila era Carl. Bien. Más datos.

Me metí la pistola en el cinturón, junto a la barra metálica, por supuesto con el seguro puesto.

—Muy bien —le dije—. ¿Dónde está mi ropa y cuánto va a pagarme?

—Sus ropas quedaron destruidas en el accidente —respondió—. Y debo decirle que sus piernas estaban sin duda rotas. La izquierda por dos sitios. Francamente, no me explicó cómo logra mantenerse de pie. Solo han pasado dos semanas...

—Siempre me he curado rápido —dije—. Y ahora, respecto al dinero...

—¿Qué dinero?

—El acuerdo extrajudicial por mi demanda de malas prácticas, y por la otra.

—¡No sea ridículo!

—¿Quién es el ridículo? Me conformo con mil, en efectivo, ahora mismo.

—No pienso seguir hablando del asunto.

—Pues más le vale considerarlo. Y gane o pierda, piense en la fama que le daré a este sitio si logro la suficiente publicidad antes del juicio. Tenga por seguro que hablaré con la AMA, la prensa, los...

—Chantaje —dijo—. No pienso entrar por ahí.

—Págume ahora o hágalo después, con un mandato judicial por delante —dije—. Me da igual. Pero a mi modo será más barato.

Si se avenía, yo confirmaría mis sospechas de que allí había gato encerrado.

Se quedó mirándome, no sé durante cuánto tiempo.

—No tengo mil dólares aquí —dijo al fin.

—Hágame una oferta de compromiso.

Después de otra pausa:

—Esto es un robo.

—No si es en dinero contante y sonante, Charlie. Diga una cifra.

—Podría tener quinientos en la caja fuerte.

—Vaya a por ellos.

Me dijo, después de inspeccionar el contenido de una pequeña caja fuerte en la pared, que había cuatrocientos treinta. Yo no quería dejar

huellas en la caja solo para comprobarlo, así que acepté y me metí los billetes en el bolsillo.

—Y ahora, ¿cuál es la compañía de taxis más cercana que cubre este lugar?

Me dio un nombre y lo comprobé en el listín telefónico, lo que me indicó que me hallaba al norte del estado.

Le hice llamar y pedir un taxi, porque yo no conocía el nombre de la institución y no quería que supiera la condición de mi memoria. Uno de los vendajes que me había quitado lo tenía alrededor de la cabeza.

Mientras realizaba la gestión, escuché el nombre del sitio: era el Hospital Privado Greenwood.

Apagué el cigarrillo, cogí otro y alivié a mis pies de unos noventa kilos descansando sobre una silla marrón tapizada que había junto a la estantería.

—Esperaremos aquí y luego me acompañará hasta la puerta —dije. No volví a oír una palabra suya.

Eran más o menos las ocho en punto cuando el taxi me dejó en una esquina cualquiera de la población más cercana. Pagué al conductor y caminé durante unos veinte minutos. Después me detuve en una cafetería, me senté en un reservado y tomé zumo, un par de huevos, tostada, bacón y tres tazas de té. El bacón estaba demasiado grasiento.

Después de desayunar durante una hora larga comencé a pasear, encontré una tienda de ropa y esperé hasta que abrió, a las nueve y media.

Me compré un par de pantalones, tres camisas de *sport*, un cinturón, algo de ropa interior y un par de zapatos a juego. También compré un pañuelo, una cartera y un peine de bolsillo.

Después busqué una estación Greyhound y me metí en un autobús con destino Nueva York. Nadie trató de detenerme. Nadie parecía reparar en mí.

Sentado allí, contemplando el campo con los colores del otoño, acariciado por un viento rápido bajo el cielo brillante y frío, repasé todo lo que sabía sobre mí mismo y sobre mi circunstancia.

Había sido registrado en Greenwood como Carl Corey por mi hermana Evelyn Flaumel. Aquello había sucedido después de un accidente de coche acaecido hacía unos quince días y en el que me había roto varios huesos, aunque eso ya no tenía que preocuparme. No recordaba a mi hermana Evelyn. La gente de Greenwood había recibido órdenes de mantenerme pasivo, y sintieron miedo de las repercusiones legales cuando me escapé y los amenacé con ellas. Bien. Alguien me tenía miedo, por algún motivo. Lo aprovecharía cuanto pudiera.

Obligué a mi mente a regresar al accidente, y me concentré en ello hasta que me dolió la cabeza. No había sido un accidente. Esa era la impresión que tenía, aunque no sabía por qué. Lo descubriría y haría pagar al responsable. Y vaya si lo pagaría. Una furia, una ira terrible, ardía en el centro de mi cuerpo. Aquel que intentó hacerme daño,

utilizarme, lo hizo bajo su propio riesgo, y ahora recibiría su merecido, fuera quien fuese. Me dominaba un intenso deseo de matar, de destruir a quienquiera que fuese el responsable, y sabía que aquella no era la primera vez en mi vida que sentía algo así. Sabía también que en el pasado había llevado empresas así a buen término. Y más de una vez.

Miré por la ventanilla, vi cómo caían las hojas muertas.

Cuando llegué a la Gran Manzana, lo primero que hice fue afeitarme y cortarme el pelo en la peluquería más cercana, y lo segundo fue cambiarme la camisa y la camiseta en el aseo de caballeros de un bar, porque no soportaba el tener pelos en la espalda. La .32 automática, propiedad de alguien desconocido de Greenwood, estaba en el bolsillo derecho de mi chaqueta. Supongo que si Greenwood o mi hermana querían que me encerraran rápidamente, la posesión de un arma robada les vendría muy bien. Pero decidí quedármela. Primero tendrían que encontrarme, y yo quería un motivo. Comí algo rápido, me subí a metros y autobuses diversos durante una hora y después paré un taxi para que me llevara a la dirección en Westchester de Evelyn, mi presunta hermana, y, esperaba, recuperadora de mis recuerdos.

Antes de llegar ya había decidido mi curso de acción.

Así que cuando la puerta de la inmensa y vieja mansión se abrió como respuesta a mi llamada, después de una espera de treinta segundos, ya sabía lo que iba a decir. Había pensado en ello mientras caminaba por el largo y serpenteante camino de gravilla blanca, entre los robles oscuros y los brillantes arcos, con las hojas crujiendo bajo mis pies y el viento frío azotándome la nuca pelada dentro del cuello de la chaqueta. El olor del tónico capilar se mezclaba con el aroma mustio de la hiedra que trepaba por las paredes del antiguo edificio de ladrillo. No tenía la menor sensación de familiaridad. No creía haber estado antes en aquel lugar.

Había llamado y me había respondido un eco.

Entonces metí las manos en los bolsillos y esperé.

Cuando la puerta se abrió, sonreí y saludé con la cabeza a la sirvienta de cara picada, piel atezada y acento puertorriqueño.

—¿Sí? —dijo.

—Quisiera ver a la señorita Evelyn Flaumel, por favor.

—¿Quién le digo que quiere verla?

—Su hermano Carl.

—Oh, pase, por favor —me dijo.

Entré en un pasillo cuyo suelo era un mosaico de diminutos azulejos de color salmón y turquesa. Las paredes estaban forradas de caoba, y una

artesa llena de plantas con grandes hojas verdes ocupaba una pantalla divisoria a mi izquierda. Desde arriba, un cubo de cristal y esmalte arrojaba una luz amarilla.

La mujer se marchó y miré a mi alrededor, buscando algo familiar. Nada. Así que esperé.

Al poco tiempo regresó la sirvienta. Sonrió, asintió y dijo:

—Sígame, por favor. Lo recibirá en la biblioteca.

Mientras la seguía subimos tres escaleras y recorrimos un pasillo, dejando atrás dos puertas cerradas. La tercera a mi izquierda estaba abierta, y la mujer me indicó que entrara. Así lo hice, y me detuve en el umbral.

Como todas las bibliotecas, aquella estaba llena de libros. También había tres cuadros, dos con tranquilos paisajes terrestres y otro con un tranquilo paisaje marino. El suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra verde. Junto a una mesa de buenas dimensiones había un gran globo terráqueo. Me mostraba África, y detrás había una ventana de pared a pared, ocho paños de vidrio. Pero nada de esto fue lo que me detuvo.

La mujer que había detrás del escritorio llevaba un vestido azul verdoso de gran escote. Tenía un pelo largo que le caía sobre la frente; su color, y de algún modo sabía que era natural, era un cruce entre las nubes del ocaso y el borde exterior de la llama de un cirio en una sala oscura. Los ojos, detrás de unas gafas que yo no creía que necesitara, eran azules como el lago Eire a las tres en punto, en una tarde despejada de verano. El color de su sonrisa comprimida concordaba con el del pelo. Pero nada de esto fue lo que me detuvo.

La conocía de algún otro sitio, aunque no sabía precisar de dónde.

Avancé, armado con mi propia sonrisa.

—Hola —dije.

—Siéntate, por favor —me dijo ella. Señaló una silla de alto respaldo y grandes brazos, voluminosa y naranja, inclinada el ángulo justo en el que me gusta haraganear.

Así lo hice, y me estudió.

—Me alegra volver a verte en condiciones.

—A mí también. ¿Qué tal te ha ido?

—Bien, muchas gracias. Debo decir que no esperaba verte aquí.

—Lo sé —mentí—, pero aquí estoy, para agradecerte tu amabilidad fraterna y tus cuidados. —Dejé traslucir una leve nota irónica, solo para observar la respuesta.

En ese momento, un perro enorme (un perro lobo irlandés) entró en la habitación y se enroscó frente al escritorio. Otro lo siguió y dio dos vueltas al globo terráqueo antes de tumbarse.

—Bueno —dijo ella, devolviendo la ironía—, era lo menos que podía hacer por ti. Deberías conducir con más cuidado.

—En el futuro —respondí— tomaré mayores precauciones, te lo prometo. —No sabía a qué clase de juego me estaba dedicando, pero como ella no parecía saber que yo no lo sabía, decidí intentar sacarle toda la información que pudiera—. Supuse que tendrías curiosidad por ver cómo me encontraba, así que vine para que lo comprobaras en persona.

—Ya lo veo —replicó—. ¿Has comido?

—Un almuerzo ligero, hace varias horas —dije.

Así que llamó a la sirvienta y pidió comida. Después me dijo:

—Ya pensé que quizá te marcharas por tu cuenta de Greenwood en cuanto pudieras. Pero no esperaba que fuese tan pronto, ni imaginé que vinieras aquí.

—Ya lo sé. Por eso lo hice.

Me ofreció un cigarrillo que acepté. Encendí el suyo y el mío.

—Siempre fuiste imprevisible —me dijo al fin—. Y aunque a menudo eso te ha servido bien en el pasado, no contaba ahora con ello.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Las apuestas son demasiado altas para ir de farol, y creo que eso es lo que estás intentando al venir aquí. Siempre he admirado tu coraje, Corwin, pero no seas idiota. Ya sabes quién lleva la delantera.

¿*Corwin*? Archivarlo, debajo de «Corey».

—Igual no lo sé —dije—. He pasado algún tiempo dormido, ¿recuerdas?

—¿Te refieres a que no has mantenido el contacto?

—No he tenido ocasión desde que desperté.

Evelyn inclinó la cabeza hacia un lado y entrecerró sus ojos maravillosos.

—Arrojado —dijo—, pero posible. Solo posible. Podrías hablar en serio. Tú sí podrías. Imaginaré que es así, al menos de momento. En ese caso, puede que hayas hecho algo inteligente, eso seguro. Déjame pensar en ello.

Di una calada a mi cigarrillo, deseando que dijera algo más. Pero no lo hizo, de modo que decidí aprovechar lo que parecía una ventaja en este juego que no comprendía, con jugadores que no conocía y con apuestas de las que no tenía la menor idea.

—El hecho de que esté aquí querrá decir algo —ofrecí.

—Sí —respondió ella—, lo sé. Pero eres astuto, así que podría indicar algo más. Esperaremos y veremos.

¿Esperar a qué? ¿Ver el qué? ¿Eh?

Entonces llegaron unos filetes y una jarra de cerveza, de modo que me vi temporalmente liberado de la necesidad de realizar afirmaciones crípticas y generales que ella considerara sutiles o arteras. Mi filete estaba bueno, poco hecho y jugoso. Mastiqué el pan fresco y de corteza crujiente con hambre, y bebí mi cerveza con sed. Ella reía mientras me miraba, al tiempo que cortaba su comida en pequeños trozos.

—Adoro el entusiasmo con el que ten enfrentas a la vida, Corwin. Es una de las razones por las que odiaría ver que pierdes la tuya.

—Lo mismo digo —musité.

Y mientras comía la valoré. La vi con su vestido de corte bajo, verde como el verde del mar, con una falda amplia. Había música, danza, voces tras nosotros. Yo vestía de negro y plata y... La visión se desvaneció. Pero sabía que aquel era un fragmento auténtico de mis recuerdos, y por dentro maldije no poder acceder a todos ellos. ¿Qué me había estado diciendo, vestida de verde, a mí, vestido de negro y plata, en aquella noche detrás de la música, de la danza y de las voces?

Me serví más cerveza de la jarra y decidí probar con la visión.

—Recuerdo una noche —dije— en la que tú ibas vestida de verde, y yo con mis colores. Qué agradable parecía todo. Y la música...

Su expresión se hizo ligeramente melancólica y sus mejillas se suavizaron.

—Sí —dijo—. ¿No eran aquellos días...? ¿De verdad no has estado al tanto?

—Palabra de honor —dije, valiese lo que valiese.

—Las cosas se han puesto mucho peor —dijo—, y las Sombras albergan más horrores de lo que nadie había imaginado.

—¿Y? —pregunté.

—Él aún tiene sus problemas —acabó.

—Oh.

—Sí —siguió—, y querrá saber tu posición al respecto.

—Pues aquí mismo estoy —contesté.

—¿Qué quieres decir?

—De momento —le dije, quizá demasiado rápido, pues sus ojos se abrieron más de lo esperado—, porque aún desconozco el estado real de los acontecimientos. —Significara aquello lo que significara.

—Oh.

Nos terminamos los filetes y la cerveza y les dimos los huesos a los perros.

Después bebimos un poco de café, y cuando comencé a sentir afecto fraterno suprimí la emoción.

—¿Qué hay de los otros? —pregunté. Podría significar cualquier cosa, pero parecía una apuesta segura.

Por un momento temí que fuera a preguntarme a qué me refería. Sin embargo, se recostó en la silla, miró hacia el techo y dijo:

—Como siempre, no se ha oído nada nuevo de ninguno. Quizá el tuyo fuera el camino más sabio. Yo estoy disfrutando. ¿Pero cómo olvidar... la gloria? —Bajé los ojos, porque no estaba seguro de lo que deberían mostrar.

—No es posible olvidarla —dije—. Nadie puede.

A esto siguió un largo e incómodo silencio, pasado el cual ella dijo:

—¿Me odias?

—Claro que no —repliqué—. ¿Cómo podría odiarte... tomándolo todo en consideración?

Aquello pareció agradarla, y me mostró una sonrisa de dientes muy blancos.

—Bueno, muchas gracias —me dijo—. En el fondo eres un caballero. Me incliné y sonreí.

—Vas a sonrojarme.

—Lo dudo —dijo ella—..., tomándolo todo en consideración.

Y me sentí incómodo.

Yo notaba mi furia, y me pregunté si ella sabría a qué se debía. Sentía que sí lo sabría. Luché contra el deseo de preguntárselo directamente hasta erradicarlo.

—Bueno, ¿y qué propones hacer? —preguntó al fin.

—Por supuesto, no confías en mí —respondí al instante para no mostrar vacilación.

—¿Y cómo íbamos a hacerlo?

No debía olvidarme de hablar en plural.

—Muy bien, pues. De momento estoy dispuesto a colocarme bajo tu vigilancia. Me encantará quedarme aquí, donde puedes tenerme controlado.

—¿Y después?

—¿Después? Ya veremos.

—Astuto —dijo ella—, muy astuto. Y me colocas en una posición incómoda. —(Yo lo había dicho porque no tenía ningún otro sitio al que

ir, y el dinero del chantaje no me duraría mucho.)—. Sí, claro que puedes quedarte. Pero déjame advertirte —y aquí se tocó lo que había creído una especie de colgante en una cadena alrededor del cuello—: este es un silbato ultrasónico para perros. Donner y Blitzen, aquí presentes, tienen cuatro hermanos, y todos ellos están entrenados para encargarse de la gente desagradable, y responden de inmediato a mi silbato. Así que no te acerques a ningún sitio en el que no seas bien recibido. Un pitido o dos, y hasta tú caerás ante ellos. Deberías saber que su raza es el motivo de que no queden lobos en Irlanda.

—Lo sé —dije, dándome cuenta de que así era.

—Sí —continuó mi hermana—. A Eric le gustará que seas mi invitado. Eso hará que te deje en paz, que es lo que quieres, *n'est-ce pas?*

—*Oui* —respondí.

¡Eric! ¡Aquello significaba algo! Había conocido a Eric, y el hacerlo había sido muy importante de algún modo. No de forma reciente. Pero el Eric al que había conocido todavía andaba por ahí, y eso era importante.

¿Por qué?

Lo odiaba, y esa era una razón. Lo odiaba lo bastante como para haber pensado en matarlo. Quizá hasta lo había intentado.

Además, sabía que había algún vínculo entre los dos.

¿Parentesco?

Sí, eso era. A ninguno de los dos nos gustaba ser... hermanos. Recordé... Recordé...

El grande, el poderoso Eric, con su barba rizada y empapada, con sus ojos... ¡iguales a los de Evelyn!

Me asaltó una nueva oleada de recuerdos al tiempo que las sienes empezaban a palpitarme y sentía calor en la nuca.

No permití que nada de aquello se reflejara en mi expresión, pero me obligué a dar otra calada al cigarro y otro trago a la cerveza. ¡Evelyn era de verdad mi hermana! Solo que Evelyn no era su verdadero nombre. No recordaba cuál era, pero no era aquel. Decidí tener mucho cuidado. No usaría nombre alguno al dirigirme a ella hasta que recordara más.

¿Y qué había de mí? ¿Qué es lo que estaba sucediendo a mi alrededor?

Eric, sentí de repente, había tenido alguna clase de relación con mi accidente. El golpe debería haber sido mortal, solo que había conseguido escaparme con vida. Él era el responsable, ¿no? *Sí*, respondieron mis sentidos. Tenía que ser Eric. Y Evelyn trabajaba con él, pagando a Greenwood para que me mantuviera en coma. Era mejor que estar muerto, pero...

Comprendí que en cierto modo me había echado en manos de Eric al acudir a Evelyn, que sería su prisionero, y que de permanecer allí estaría expuesto a nuevos ataques.

Pero ella me había sugerido que al ser su invitado Eric me dejaría en paz. Pensé en ello. No podía dar nada por sentado, tenía que estar constantemente en guardia. Quizá fuera mejor que me largara y dejara que los recuerdos regresaran poco a poco.

Pero tenía una terrible sensación de urgencia. Tenía que descubrir toda la historia lo antes posible, y actuar en cuanto tuviera información suficiente. Era como una compulsión. Si el peligro era el precio de la memoria y el riesgo el coste de la oportunidad, que así fuese. Me quedaría.

—Y recuerdo... —dijo Evelyn, y entonces reparé en que llevaba un rato hablando y yo no la había escuchado. Quizá era por la calidad reflexiva de sus palabras, que no requerían ninguna clase de respuesta..., y por la urgencia de mis propios pensamientos—. Y recuerdo el día en que venciste a Julian en su juego predilecto y te lanzó un vaso de vino y te maldijo. Pero te llevaste el premio. Y de repente tuvo miedo de haber ido demasiado lejos. Pero tú te reíste y bebiste un vaso con él. Creo que se sentía mal por aquellos accesos de genio, cuando normalmente era tan frío, y creo que aquel día sintió envidia de ti. ¿Lo recuerdas? Opino que, hasta cierto punto, desde entonces ha imitado muchas de las cosas que has hecho. Pero sigo odiándolo, y espero que no tarde en caer. Creo que él...

Julian, Julian, Julian. Sí y no. Algo sobre un juego, sobre cómo tendí una trampa a un hombre y destruí un autocontrol casi legendario. Sí, todo aquello me sonaba; y no, en realidad no podía recordar lo que había sucedido exactamente.

—Y Caine... ¡cómo lo engañaste! Aún te odia, ¿sabes?

Vi que no resultaba especialmente querido. Y aquello me agradaba. Y Caine también me sonaba familiar. Mucho.

Eric, Julian, Caine, Corwin. Los nombres revoloteaban por mi cabeza, y en cierto modo no era capaz de contenerlos.

—Ha pasado tanto tiempo... —dije de forma casi involuntaria, y parecía ser cierto.

—Corwin —dijo ella—, basta de jueguecitos. Buscas algo más que seguridad, eso ya lo sé. Y sigues siendo lo bastante fuerte como para sacar algo de todo esto si juegas bien tus cartas. No soy capaz de adivinar lo que tienes en mente, pero puede que podamos llegar a un acuerdo con Eric.

—Aquel plural ya no era el de antes, evidentemente. Evelyn había

comprendido mi valía en lo que fuera que estuviese sucediendo. Estaba claro que veía la posibilidad de ganar algo para ella. Sonreí un poco—. ¿Para eso viniste aquí? —prosiguió—. ¿Tienes una propuesta para Eric, algo que pudiera requerir un viaje entre planos?

—Puede ser —repliqué—, cuando lo haya pensado un poco más. Hace tan poco que me he recuperado que aún tengo mucho que considerar. Pero quería estar en el lugar más adecuado, desde el que poder actuar con rapidez en caso de decidir que mis intereses estaban con Eric.

—Ten cuidado —me dijo ella—. Sabes que informaré de cada palabra que digas.

—Por supuesto —respondí, sin tener en realidad la menor idea, buscando algún asidero—, salvo que tus intereses resulten coincidir con los míos.

Sus cejas se juntaron y entre ellas aparecieron unas diminutas arrugas.

—No estoy segura de lo que estás proponiendo.

—Aún no estoy proponiendo nada —dije—. Solo estoy siendo totalmente abierto y sincero contigo al decirte que no sé qué hacer. Aún no tengo claro que quiera llegar a un acuerdo con Eric. Después de todo... —Dejé que la frase se perdiera a propósito, pues no tenía nada con lo que terminarla, aunque creía que algo sí habría.

—¿Te han ofrecido una alternativa? —Se levantó de repente y echó mano al silbato—. ¡Bleys! ¡Por supuesto!

—Siéntate —le dije— y no seas ridícula. ¿Me podría en tus manos tan tranquilamente para acabar como comida para perros, solo porque se te ocurre pensar en Bleys?

Se relajó, puede que incluso temblara un poco, y volvió a sentarse.

—No es probable —dijo al fin—, pero sé que te gusta arriesgar, y sé que eres traicionero. Si has venido aquí a eliminar a una correligionaria, ni te molestes en intentarlo. No soy tan importante. A estas alturas ya deberías saberlo. Además, siempre he creído que yo te gustaba bastante.

—Así era, y así es —dije—. No tienes por qué preocuparte, así que no lo hagas. Pero es interesante que hayas mencionado a Bleys.

¡Cebo, cebo, cebo! ¡Había tantas cosas que quería averiguar!

—¿Por qué? ¿Ha hablado él contigo?

—Preferiría no responder —repliqué, esperando que aquello me diera alguna ventaja de algún tipo. Y ahora ya conocía el sexo de Bleys—. Si lo hubiera hecho, le hubiera respondido lo mismo que a Eric: me lo pensaré.

—Bleys —repitió ella, y *Bleys*, me dije yo. *Bleys. Me gustas. He olvidado por qué, y sé que hay razones por las que no debería, pero aun así me gustas. Lo sé.*

Seguimos un rato sentados y comencé a sentir el cansancio, pero no quería mostrarlo. Debía ser fuerte. Sabía que debía ser fuerte.

Me quedé allí sonriendo y dije:

—Vaya biblioteca tienes aquí.

—Gracias —respondió ella—. *Bleys...* —repitió después de un rato—. ¿Crees de verdad que tiene alguna posibilidad?

Me encogí de hombros.

—¿Quién sabe? Yo no, eso está claro. Puede que él sí. Aunque puede que no.

Se me quedó mirando con los ojos bien atentos y la boca abierta.

—¿Tú no? ¿De verdad no vas a intentarlo?

Entonces me reí, con el único propósito de contrarrestar su emoción.

—No seas tonta —dije cuando acabé—. ¿Yo?

Pero al tiempo que ella respondía supe que había tañido una cuerda profundamente enterrada que respondió con un poderoso:

—¿Por qué no?

De repente sentí miedo.

Pero ella parecía aliviada ante mi rechazo de lo que fuera que estuviera rechazando. Entonces sonrió y señaló un mueble bar a mi izquierda.

—Yo me tomaría un *Irish Mist* —dijo.

—Lo mismo que yo —repliqué, y me levanté para preparar dos.

—¿Sabes? —dije después de volver a sentarme—, es agradable estar así contigo, aunque sea solo un rato. Me vienen muchos recuerdos a la cabeza.

Y ella sonrió de forma encantadora.

—Es verdad —dijo, dando un trago a su bebida—. Contigo aquí casi me siento en *Ámbar*.

Casi se me cayó el vaso al suelo.

¡*Ámbar!* ¡Aquella palabra fue como un rayo que recorriera mi columna vertebral!

Entonces comenzó a llorar, y me levanté y la rodeé con los brazos para consolarla.

—No llores, pequeña. Por favor, no llores. A mí también me pone triste. —*¡Ámbar! ¡Allí había algo, algo eléctrico y potente!*— Los buenos tiempos volverán —dije suavemente.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó.

—Sí —dije en voz alta—. ¡Sí, claro que sí!

—Estás loco —respondió—. Aunque quizá por eso siempre has sido mi hermano favorito. Casi puedo creerme cualquier cosa que me digas, aunque sepa que estás loco.

Entonces lloró un poco más hasta que se calmó.

—Corwin —dijo—, si lo haces, si por alguna extraña e improbable casualidad de las Sombras lo logras..., ¿te acordarás de tu pequeña hermana Florimel?

—Sí —dije, sabiendo que aquel era su nombre—. Sí, te recordaré.

—Gracias. Solo le contaré a Eric lo esencial y no diré ni una palabra de Bleys, ni de mis más recientes sospechas.

—Gracias, Flora.

—Pero no me fío de ti lo más mínimo —añadió—. Recuerda eso también.

—No hay ni que decirlo.

Entonces llamé a su asistenta para que me llevara a una habitación. Me desvestí como pude, me derrumbé en la cama y dormí once horas seguidas.

A la mañana siguiente ya no estaba, y no había dejado mensaje alguno. Su doncella me sirvió el desayuno en la cocina y se marchó a realizar sus tareas. Rechacé la idea de intentar sacarle información a la mujer, pues o no sabría o no me diría las cosas que necesitaba saber, y sin duda informaría a Flora de mis intentos. Así que, como parecía que tenía la casa para mí, decidí volver a la biblioteca para ver qué podía averiguar allí. Además, me gustaban las bibliotecas. El tener paredes de palabras hermosas y sabias a mi alrededor me hace sentir cómodo y seguro. Y siempre me siento mejor cuando veo algo capaz de contener a las sombras.

Donner o Blitzen, o alguno de sus hermanos, apareció desde algún sitio y me siguió por el pasillo, caminando con las patas rígidas y olisqueando mi rastro. Traté de hacerme amigo suyo, pero era como intercambiar bromas con el policía que te ordena que te hagas a un lado de la carretera. Eché un vistazo a algunas de las demás habitaciones mientras avanzaba, pero todas tenían un aspecto inocuo.

Así que entré en la biblioteca, donde África seguía mostrándome su rostro. Cerré la puerta para dejar a los perros fuera y paseé por la estancia, leyendo los títulos en las estanterías.

Había un montón de libros de historia. De hecho, aquel tema parecía dominar la colección. También había muchos libros de arte, de los grandes y caros, y de estos hojeé algunos. Normalmente se me ocurren las mejores ideas cuando estoy pensando en cualquier otra cosa.

Me pregunté por el origen de la evidente riqueza de Flora. Si éramos parientes, ¿significaba aquello que quizá yo disfrutaba también de una cierta opulencia? Pensé en mi posición económica y social, en mi profesión, en mis orígenes. Tenía la sensación de que el dinero nunca me había preocupado demasiado, y de que siempre

tendría el suficiente, o algún medio de conseguirlo, como para mantenerme satisfecho. ¿Poseería alguna mansión como aquella? No era capaz de recordarlo.

¿A qué me dedicaba?

Me senté detrás del escritorio y examiné mi mente en busca de cualquier conocimiento especial que pudiera poseer. Era difícil examinarse de este modo, como si uno fuera un extraño. Era posible que por ello no pudiera sacar nada en claro. Lo que es tuyo es tuyo, es una parte de ti y simplemente encaja ahí, en tu interior. Y ya está.

¿Médico? Se me ocurrió aquello mientras miraba algunos dibujos de anatomía de Da Vinci. Casi por reflejo comencé a revisar los pasos de diversas operaciones quirúrgicas. Comprendí que en el pasado había operado a algunas personas.

Pero no era aquello. Aunque era consciente de poseer algún tipo de estudios médicos, sabía que eran parte de algo más. De algún modo sabía que no me dedicaba a la cirugía. ¿A qué, entonces? ¿Qué más había allí oculto?

Algo llamó mi atención.

Sentado a la mesa eché un vistazo a la pared más alejada, en la cual, entre otras cosas, colgaba un antiguo sable de caballería que había pasado por alto en mi primera exploración de la biblioteca. Me levanté, me acerqué a él y lo retiré de sus soportes.

Me lamenté por su mal estado. Me hubiera gustado tener un paño con aceite y una piedra para devolverlo a su estado óptimo. Sabía algo acerca de armas antiguas, las de filo en particular.

El sable parecía liviano y peligroso en mis manos, y me sentía capaz con él. Me puse en guardia. Paré y acometí varias veces. Sí, sabía utilizarlo.

¿En qué clase de trabajo había aprendido aquello? Busqué a mi alrededor algo más que estimulara mi memoria.

No se me ocurrió nada más, de modo que guardé la hoja y volví al escritorio. Allí sentado, decidí registrarlo.

Comencé con el cajón del medio y procedí hacia arriba por el lado izquierdo y hacia abajo por el derecho.

Artículos de papelería, sobres, sellos, sujetapapeles, lápices gastados, gomas elásticas... Lo habitual.

Había sacado por completo cada cajón y lo había colocado en mi regazo mientras inspeccionaba los contenidos. No era solo una idea. Era parte de una especie de entrenamiento que había recibido, que me decía que también debía inspeccionar los laterales y el fondo.

Casi se me pasó por alto una cosa, pero en el último instante me llamó la atención: el fondo del cajón inferior derecho no era tan alto como el de los demás.

Aquello indicaba algo, y cuando me arrodillé para mirar el interior del espacio de los cajones vi una especie de cajita fijada a la parte superior.

Era a su vez un pequeño cajón, y estaba cerrado.

Me llevó más de un minuto jugueteando con sujetapapeles, imperdibles y, por fin, un calzador metálico que había visto en otro cajón, pero al final lo conseguí.

El cajoncito contenía un paquete de cartas.

La caja mostraba un dibujo que hizo que me tensara en el sitio. El sudor comenzó a cubrirme la frente y mi respiración se aceleró.

Era un unicornio blanco sobre campo verde, rampante, mirando hacia la derecha.

Conocía aquel emblema, y sufría al no poder darle nombre.

Abrí el paquete y extraje las cartas. Guardaban el orden del tarot, con bastos, pentáculos, copas y espadas, pero los arcanos mayores eran muy distintos.

Devolví a su sitio los dos cajones, cuidándome de no cerrar el menor, antes de proseguir la inspección.

Los arcanos casi parecían vivos, dispuestos a salir de aquellas superficies resplandecientes. Las cartas eran bastante frías al tacto, y el sostenerlas me provocaba un claro placer. Supe de repente que yo también había tenido una baraja como aquella.

Comencé a extenderla sobre el secante del escritorio.

La primera carta mostraba a un hombrecillo de aspecto astuto, nariz afilada, boca sonriente y un mechón de pelo del color de la paja. Estaba ataviado con una especie de traje renacentista de color naranja, rojo y marrón. Llevaba un leotardo largo y un jubón apretado y bordado. Lo conocía. Su nombre era Random.

A continuación estaba el semblante pasivo de Julian, de pelo oscuro y largo, y ojos azules que no mostraban ni pasión ni compasión. Estaba totalmente cubierto por una armadura de placas que no era de color ni plateado ni metálico, sino que parecía blanca, esmaltada. Sin embargo yo sabía que era terriblemente resistente, a pesar de su aspecto decorativo y festivo. Aquel era el hombre al que había derrotado en su juego predilecto, y el que por ello me había arrojado un vaso de vino. Lo conocía y lo odiaba.

Después venía la imagen de ojos oscuros de Caine, vestido de satén negro y verde. Llevaba un sombrero de tres picos ladeado, del que colgaba

por detrás una cola de plumas verdes. Aparecía de pie y de perfil, con un brazo en jarras y las puntas de las botas retorcidas hacia arriba. Al cinto portaba una daga adornada con esmeraldas. Por él albergaba sentimientos ambivalentes.

Después estaba Eric. A cualquiera le resultaría hermoso, y su cabello era tan oscuro que casi resultaba azul. La barba se enroscaba alrededor de la boca y siempre estaba sonriente. Su atuendo era sencillo: un justillo de cuero y leotardos, una capa sencilla, botas negras altas y un cinturón de espada rojo con un largo sable plateado decorado con un rubí. El alto cuello de la capa que rodeaba su cabeza estaba decorado en rojo, a juego con el encaje de las mangas. Sus manos, con los pulgares dentro del cinturón, eran terriblemente fuertes y voluminosas. Un par de guantes negros asomaban del cinturón, cerca de la cadera derecha. Tuve la seguridad de que había sido él quien había intentado asesinarme el día en que casi morí. Lo estudié y sentí un cierto temor.

Después venía Benedict, alto, adusto y delgado; delgado de cuerpo, delgado de rostro, amplio de mente. Vestía de naranja, amarillo y marrón, y me recordó a montones de heno, calabazas, espantapájaros y *La leyenda de Sleepy Hollow*. Tenía una mandíbula larga y fuerte, ojos de color avellana y un pelo castaño que nunca se rizaba. Estaba junto a un caballo ruano y se inclinaba sobre una lanza de caballería decorada con una ristra de flores. Casi nunca reía. Me gustaba.

Me quedé helado cuando coloqué la siguiente carta, y el corazón me dio un vuelco y chocó contra el esternón, exigiendo escapar del pecho.

Era yo.

Conocía el rostro que había afeitado recientemente, y aquel era el tipo del espejo. Ojos verdes, pelo moreno, vestido de negro y plata, sí. Llevaba puesta una capa ligeramente agitada por algún viento. Tenía botas negras, como las de Eric, y también yo portaba una hoja, solo que la mía era más pesada, aunque no tan larga como la suya. Tenía puestos los guantes, de color plateado y compuestos de escamas. El broche en el cuello tenía la forma de una rosa de plata.

Yo, Corwin.

Un hombre grande y poderoso me saludó desde la siguiente carta. Se parecía mucho a mí, salvo porque la mandíbula era más recia y sabía que era más grande que yo, aunque también más lento. Su fuerza era legendaria. Llevaba un traje azul y gris ceñido en la cintura con un ancho cinturón negro; reía. Alrededor de su cuello colgaba, de un cordón grueso, un cuerno de caza plateado. Tenía una barba recortada y un fino

bigote. En la mano derecha sostenía una copa de vino. Sentí un repentino afecto por él, y su nombre me vino a la cabeza. Era Gérard.

Después llegó un hombre de barba de fuego, coronado de llamas. Vestía todo de rojo y naranja, principalmente de seda, y sostenía una espada en la mano derecha y una copa de vino en la izquierda. El mismo diablo danzaba tras sus ojos, azules como los de Flora o los de Eric. Tenía el mentón afilado, pero la barba lo cubría. Su espada estaba decorada con una elaborada filigrana dorada. Llevaba dos enormes anillos en la mano derecha y uno en la izquierda: una esmeralda, un rubí y un zafiro respectivamente. Sabía que aquel era Bleys.

Entonces llegó una figura que se parecía tanto a Bleys como a mí. Tenía mis rasgos aunque era más pequeño, y mis ojos, y el pelo de Bleys, aunque no llevaba barba. Vestía un traje de monta verde y aparecía a lomos de un caballo blanco, dirigiéndose hacia la derecha de la carta. Mostraba un hálito de fuerza y debilidad, de búsqueda y de abandono. Aquella figura me provocaba aprobación y desaprobación, me gustaba y me repelía. Supe en cuando le puse los ojos encima que su nombre era Brand.

De hecho, comprendí que los conocía a todos bien, con sus fuerzas, sus debilidades, sus victorias y sus derrotas.

Porque eran mis hermanos.

Encendí un cigarrillo que había cogido de los cajones de Flora y me recliné, pensando en todo lo que había recordado hasta el momento.

Aquellos ocho hombres extraños, vestidos de forma aún más extraña, eran mis hermanos. Y sabía que era adecuado y correcto el que se vistieran del modo que eligieran, igual que era adecuado para mí el vestir de negro y plata. Entonces reí al comprender lo que llevaba puesto en aquel momento, lo que había comprado en aquella pequeña tienda de ropa de aquel pueblecito en el que me había detenido después de marcharme de Greenwood.

Llevaba unos pantalones negros, y las tres camisas que había comprado tenían un tono grisáceo, plateado. La chaqueta también era negra.

Volví a las cartas y allí apareció Flora con un vestido verde como el mar, tal y como la había recordado la noche anterior. Después apareció una chica de pelo negro y largo, con los mismos ojos azules. Vestía toda de negro, con un cinto de plata alrededor del talle. Mis ojos se llenaron de lágrimas, no sabría decir por qué. Su nombre era Deirdre. Después estaba Fiona, con un cabello como el de Bleys o Brand, mis mismos ojos y una piel del color de la madreperla. La odié en el instante en que giré

la carta. A continuación estaba Llewella, cuyo cabello hacía juego con sus ojos de color jade, y que vestía de un resplandeciente gris y de verde, con un cinturón lavanda; su aspecto era acuoso y triste. Por algún motivo supe que no era como el resto de nosotros, pero también ella era mi hermana.

Tuve una terrible sensación de distancia y alejamiento respecto a todas aquellas personas, aunque al mismo tiempo me parecían físicamente cercanas.

Las cartas tenían un tacto tan frío que las solté, aunque con una cierta reluctancia a dejar de tocarlas.

No había más. Todas las demás eran cartas menores. Y de nuevo supe de algún modo, otra vez ese «algún modo» (¡ah, algún modo!), que faltaban algunas.

Sin embargo, no tenía ni la menor idea de lo que representaban los Arcanos desaparecidos.

Extrañamente, aquello me entristecía. Cogí el cigarrillo y reflexioné.

¿Por qué volvían todas aquellas cosas con tanta facilidad al mirar las cartas, por qué regresaban pero no traían con ellas sus contextos? Ahora sabía más que antes, ahora conocía los nombres y los rostros. Pero eso era todo.

No lograba comprender el significado de que todos apareciéramos de aquel modo en las cartas. Sentía un deseo terriblemente poderoso de tener una baraja propia. Pero si robaba la de Flora sabía que se daría cuenta enseguida de su falta, y me vería en un apuro. De modo que devolví el paquete al pequeño cajón detrás del grande y volví a cerrar con llave. ¡Dios, cómo me devané los sesos! Mas no obtuve resultado alguno.

Hasta que recordé una palabra mágica.

Ámbar.

La noche anterior me había sentido muy inquieto por aquella palabra. Desde entonces había estado lo bastante inquieto como para no volver a pensar en ella, pero ahora la acariciaba. Ahora le daba vueltas en la cabeza y examinaba todas las asociaciones que me iba sugiriendo.

La palabra estaba cargada con una potente añoranza y una nostalgia demoledora. Tenía encerrada en su interior una sensación de belleza olvidada, de grandes logros, y una impresión de poder terrible y casi definitivo. Aquella palabra parecía encajar en mi vocabulario. De algún modo yo era parte de ella y ella era parte de mí. Supe entonces que era el nombre de un lugar. Era el nombre de un lugar que había conocido. Pero no me llegaban imágenes, solo emociones.

No sabría decir cuánto tiempo permanecí así sentado. El tiempo se había divorciado de algún modo de mis ensoñaciones.

Entonces, desde el centro de mis pensamientos, fui consciente que alguien había llamado con suavidad a la puerta. Después el picaporte giró lentamente y la sirvienta, cuyo nombre era Carmella, entró y me preguntó si quería comer algo.

Me pareció una buena idea, de modo que la seguí hasta la cocina, donde comí medio pollo y bebí algo de leche.

Me llevé una cafetera de vuelta a la biblioteca, evitando a los perros por el camino. Ya iba por la segunda taza cuando sonó el teléfono.

Deseaba descolgarlo, pero supuse que habría supletorios por toda la casa y que Carmella ya contestaría desde algún otro sitio.

Estaba equivocado, porque seguía sonando.

Al final fui incapaz de resistirlo más.

—Hola —dije—, residencia Flaumel.

—¿Puedo hablar con la señorita Flaumel, por favor?

Era una voz de hombre, rápida y algo nerviosa. Parecía sin aliento, y las palabras quedaban envueltas en los leves timbrazos y las voces fantasmales que indican una llamada a larga distancia.

—Lo siento —le dije—, no está en estos momentos. ¿Quiere que le deje algún mensaje, o que le diga que le llame más tarde?

—¿Con quién estoy hablando? —demandó.

Entonces dudé.

—Soy Corwin —contesté.

—¡Dios mío! —dijo, a lo que siguió un largo silencio.

Empezaba a pensar que colgaría.

—¿Hola? —dije de nuevo, justo cuando él comenzaba a hablar.

—¿Sigue viva? —preguntó.

—¡Pues claro que sigue viva! ¿Con quién demonios estoy hablando?

—¿No reconoces mi voz, Corwin? Soy Random. Escucha, estoy en California y me encuentro en problemas. Llamaba para pedirle refugio a Flora. ¿Te estás quedando en su casa?

—Temporalmente —dije.

—Ya veo. ¿Me darás tu protección, Corwin? —Se produjo una pausa—. Por favor.

—En la medida de mis posibilidades —respondí—, pero no puedo comprometer a Flora en nada sin consultárselo primero.

—¿Me protegerás contra ella?

—Sí.

—Eso me basta, tío. Intentaré salir ahora mismo hacia Nueva York. Voy a dar un buen rodeo, de modo que no sé cuándo podré estar allí. Si puedo evitar las sombras equivocadas, nos veremos pronto. Deséame suerte.

—Suerte —dije.

Entonces se oyó un chasquido y me quedé escuchando timbrazos distantes y voces de fantasmas.

¡Así que el engreído de Random estaba en apuros! Tenía la sensación de que aquello no debería preocuparme especialmente. Pero ahora él era una de una de las claves de mi pasado, y muy probablemente también de mi futuro. Así que intentaría ayudarlo en cuanto pudiera, hasta que descubriera todo lo que quería de él. Sabía que no había un amor fraterno entre nosotros dos, pero tenía claras dos cosas: por una parte, no era ningún imbécil. Tenía recursos, era astuto y extrañamente sentimental ante las cosas más estúpidas. Por otra, su palabra no tenía el menor valor, y probablemente vendería mi cadáver a cualquier escuela de medicina si pudiera sacar algo por él. Recordaba bien a aquel pequeño espía y por él solo guardaba el más leve de los afectos, quizá por un par de momentos agradables que al parecer habíamos pasado juntos. ¿Pero confiar en él? Jamás. Decidí que no le diría a Flora que venía hasta el último momento. Quizá pudiera convertirlo en un as en la manga..., o al menos en una sota.

Así que rellené la taza con café caliente y bebí a pequeños sorbos.

¿De quién huía Random?

De Eric no, desde luego, o no habría llamado allí. Entonces pensé en la pregunta de si Flora estaba muerta simplemente por estar yo presente. ¿Tan aliada estaba con el hermano al que yo sabía que odiaba que mi familia asumía que también iría a por ella de tener la ocasión? Parecía extraño, pero él había preguntado.

¿Y en qué estaban aliados? ¿Cuál era la fuente de esta tensión, de esta oposición? ¿Cómo era que Random estaba escapando?

Ámbar.

Aquella era la respuesta.

Ámbar. De algún modo, sabía que la clave de todo estaba en Ámbar. El secreto de todo aquel lío estaba allí, en algún suceso que había tenido lugar en aquel sitio, y de forma bastante reciente, diría yo. Tendría que andarme con pies de plomo. Tendría que simular un conocimiento del que carecía mientras, poco a poco, absorbía el de los demás. Tenía confianza en poder conseguirlo. Flotaba la suficiente desconfianza en el